

DE LA PACIENCIA



DE LA PACIENCIA

No debo esforzarme en demostrar que vivimos cercados por todas partes de dolores, tribulaciones y angustias (1), pues con harta elocuencia lo atestiguan la experiencia propia y el unánime clamor del humano linaje. Este es un hecho general, constante é imperioso, y por tanto, puede ser tenido por ley universal, absoluta é ineludible. ¿Quién podrá, en efecto, contar el número y gravedad de las tribulaciones, dolores y desgracias que de grado ó por fuerza hemos de padecer, pues son tantos y tan poderosos los enemigos que nos las procuran? El cielo y la tierra, el mar, el aire, el fuego y todos los elementos se arman á cada paso contra nosotros; el ángel malo (2) y el ángel bueno (3) son ministros de Dios para afligirnos; nosotros somos con frecuencia nuestros más crueles verdugos (4), y el mismo Dios

(1) Psalm. XXXIX, 13.

(2) II. Corinth., XII, 7.

(3) P. Rivadeneira, De la tribulación, cap. 2; Exod., XXIII, 21; Psal. XXXIV, 6; Génes., XIX, 13.

(4) Job, VII, 20; Mich., VII, 6; Matth., X, 36.

muchas veces se nos muestra contrario, como dice el santo Job (1). Y no hay en el mundo ningún hijo de Adán que pueda librarse de los efectos de esta ley universal; pues, como escribe el Sabio, *desde el que está sentado en trono real y ciñe corona, hasta el pordiosero que cubre su cuerpo con andrajos*, están sujetos á estas miserias (2). La razón es porque todos somos *concebidos en iniquidad* (3) y todos heredamos el pecado original (4), caudaloso manantial de quebrantos y desgracias. Por tanto, la tribulación y el dolor son para la raza de Adán nativa condición y carga inexcusable.

Dura es, por cierto, esta ley, y no obstante, constituye el único camino que conduce á la patria de los bienaventurados; pues, como escribe el Apóstol, *es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (5). Si, pues, la tribulación es necesaria y por otra parte inspira á la naturaleza una repugnancia insuperable—pues todos por instinto irresistible tememos al dolor y procuramos evitarlo,—¿cómo lograremos trocársela en dulce y sabrosa y hacerla meritoria de vida eterna? Un medio hay infalible: *Ejercitando la paciencia*. Así lo dice San Pablo: *La paciencia os es necesaria, para que, haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa* (6) de la felicidad eterna, con tantos trabajos adquirida. Veamos, por tanto, la «excelencia» de esta virtud y «cuánto importa» su ejercicio.

Definición. «Paciencia, según San Agustín y Santo Tomás, es una virtud con la cual sufrimos imperturbables todo linaje de adversidades y tribulaciones, así del alma como del

(1) Job, XIII, 24.
(2) Eccli., XL, 3.
(3) Psalm. L, 7.
(4) Rom., V, 12.

(5) Act., XIV, 21; Rom., VIII, 18;
I. Petr., II, 21.
(6) Hebræ., X, 36.

«cuerpo» (1). Para que esta virtud sea agradable y meritoria á los ojos de Dios, dice el Doctor Angélico, requiérese en primer lugar, que esté en gracia quien la practica, y además que sufra la contradicción ó adversidad impulsado por algún motivo sobrenatural. La razón es, porque sufrir con paciencia algún daño por conveniencia ó respeto humano, como sería sufrir una dolorosa operación exclusivamente por conservar la salud ó por el amor natural que inspira la vida, carecería de mérito delante de Dios, pues lo mismo hicieron muchos filósofos gentiles por miras interesables y terrenas, y aun en nuestros días algunos mundanos por orgullo, vanidad ó fastuosa jactancia (2).

Su excelencia. Pues bien: acabáis de oír cómo se expresa el Apóstol hablando de la paciencia. Dice que debemos ejercitarnos con empeño en la práctica de esta virtud, si deseamos entrar en posesión de las divinas promesas. De estas palabras tan terminantes y expresivas podemos inferir la importancia de esta virtud, como medio eficazísimo de salvación, y sobre todo la necesidad imperiosa é ineludible de vivir apercebidos y resueltos á practicarla en todo tiempo, ya que á toda hora puede sorprendernos esta necesidad por las continuas calamidades y desgracias de que está sembrada la vida. Pues á pesar de ello, no se suele estimar el valor de la paciencia. Suélese poner empeño en no omitir la oración, el examen de conciencia, la lectura espiritual, la mortificación de los sentidos, etc., medios todos eficazísimos para la santificación del alma y prácticas esenciales de toda piedad verdadera; pero por punto general suelen pasar inadvertidos el valor y eficacia incalculables que atesora esta virtud tan importante. El mayor elogio que de ella puede

(1) De patient., cap. 2; 2, 2, q. 136, art. 4, ad 2.

(2) 2, 2, q. 136, art. 3, in corpore.

hacerse es, decir que ninguna virtud puede llamarse sólida y genuina si la paciencia no la acompaña y perfecciona. Y así, no hay verdadera humildad si no se toleran y sufren con paciencia las humillaciones y desprecios. Ni existe verdadera pobreza, si no se sufren la escasez, el hambre y la sed con heroica paciencia. Ni sólida mortificación, si no va acompañada de la paciencia, ya que esta virtud, en frase del apóstol Santiago, *perfecciona la obra* (1), limpiando y purificando nuestra alma de toda imperfección, añade San Cipriano. Ni se concibe la caridad, si por la paciencia no se sufren y toleran con amor las ofensas y flaquezas de nuestros prójimos, siquiera sean enemigos, pues *la caridad*, dice el Apóstol, *es paciente y sufrida* (2). Por ello afirma Tertuliano que «no hay virtud que no tenga á la paciencia por compañera inseparable y aun por guía fidelísimo» (3).

Además, la paciencia viene á ser como un escudo fortísimo en donde se estrellan y aniquilan todos los males imaginables. Ella rige, amansa y suaviza los movimientos desordenados del espíritu; ella regula y encauza todos los afectos y apetitos bastardos que pueden turbar la paz y sosiego del alma. Por ello *el varón paciente y sufrido es dueño y señor de sí mismo, y más esforzado*, dice el Sabio, *que el conquistador de ciudades* (4), como dotado de gran fortaleza para obrar el bien. De San Ignacio de Loyola se lee, que era señor de sus pasiones y dueño de sus primeros impulsos, y por ello con calma imperturbable navegaba confiado hacia las playas eternas. Esta calma, esta paz inalterable es fruto y recompensa á la vez de una heroica paciencia. Lo mismo enseña Jesucristo por San Lucas: *Por la paciencia*, dice, *poseeréis vuestras almas* (5). Santo Tomás escribe, comentando estas palabras:

(1) Jacob., I, 4.
 (2) I. Corinth., XIII, 4.
 (3) Lib. de patient., cap. 11 et 12.

(4) Prov., XVI, 32.
 (5) Luc., XXI, 19.

«Dícese que el hombre posee su alma por la paciencia, y así es, porque esta virtud, apenas asoma la tribulación, enfrena, sujeta y domina todas las pasiones que pudieran turbar la paz del alma, como son la tristeza, la ira, la envidia, la venganza, etc., impidiendo que derramen su ponzoña en la límpida y serena región de la conciencia. Por el contrario, el impaciente no sólo no posee su alma, sino que es poseído con su alma de la ira é impaciencia, y por tanto, de «Satanás» (1). Preguntaron al Doctor Angélico quién era perfecto, y respondió: «El que enfrena su lengua y sufre con paciencia el ser despreciado. De modo que al que viereis que se indigna ó se contrista cuando lo desprecian, no le juzguéis perfecto, aunque obrare milagros, porque todas las virtudes sin la paciencia son semejantes á una pared sin cimientos, que al menor empuje se derrumba» (2). Lo propio atestigua San Beda: «Aquel á quien la impaciencia no logra vencer, muestra ser perfecto». Ved si importa adquirirla á toda costa, con ayuda de la gracia.

Tres grados. Veamos ahora el modo de ejercitar la paciencia. San Bernardo (3) señala tres grados de esta virtud. El primero consiste en padecer «conformados» con la voluntad de Dios, lo cual es propio de los que empiezan á ejercitarse en las virtudes. El segundo, en sufrir «de buen grado» las tribulaciones, y así obran los que, abrazados con su cruz, van aprovechando en los caminos del espíritu. El tercero consiste en «desear» los padecimientos, y esto es propio de los perfectos, los cuales *viven crucificados con Cristo* (4), y como el Apóstol, *se glorian en las tribulaciones* (5).

1.º Cuanto al primer grado, que consiste en padecer en-

(1) 2. 2, q. 138, art. 2, ad 2.
 (2) Apud Cornel. a Lap. in cap 1.
 S. Jacobi.
 (3) Serm. S. Andr.

(4) Galat., II, 19; I. Corinth., II, 2.
 (5) Rom., V, 3; II. Corinth., VII, 4.